

estos pues que pierden la corona de la obediencia; porque obediencia es perfecta renunciacion de la propria voluntad, y de todo este artificio y fingimiento. Ay algunos que recibido el mandamiento, quando entienden que no es conforme al gusto è intencion del que lo manda, no lo quieren cumplir. Y otros ay que aunque barruntan ser otra la intencion, todavia obedescen simplemente à las palabras. Aqui es de ver quíen destos obedesció mas perfectamente? Y parece que aquel que no miró tanto à las palabras, quanto à la voluntad è intencion.

No es posible que el diablo sea contrario à sí mismo: y esto se persuadan los que negligentemente viven en la soledad, ò en el Monasterio; à los quales quando el demonio incita à mudar lugares socolor de virtud, no es porque ha mudado la voluntad, sino por engañarlos mas sutilmente. Y por esso quando somos importunamente tentados à que pasemos à otro lugar, tomemos esto por indicio de nuestro aprovechamiento. Porque si alli no aprovechásemos, no seríamos tan tentados del enemigo para que salgamos de alli.

No quiero ser encubridor malo, ni dissimulador inhumano, callando en este lugar lo que seria maldad callar. Juan Sobbayeta, excellente varon, y de mí muy amado, me contó cosas admirables de oír, y dignissimas de contar. Y que este varon esté libre de passiones, y lejos de toda mentira, y assi en obras como en palabras limpio, yo soy dello buen testigo, por la experiencia que dél tengo. El pues me dixo lo que se sigue.

Avia en mi Monasterio, que es en Asia (porque de alli avia venido este sancto varon) un viejo negligentissimo y muy destemplado. Lo qual no digo yo agora por condenarle, sino por dar testimonio de la virtud. Tenia este pues un discipulo mozo, llamado Acacio: el qual no sé en qué manera lo uvo. Era este mozo simple de animo y voluntad; pero

en el sesso y en la razon prudentissimo; el qual padesció tantos trabajos con este viejo, que parescerian increíbles si los quisiesse contar; porque no solo lo maltrataba con injurias, deshonras, è ignominias, sino con castigo de manos casi quotidiano. Mas el mozo sufría todo esto, no como insensible, sino como quien entendia lo que esto le importaba. Pues como yo lo viesse cada dia en tanta miseria, y tratado como un esclavo, encontrandome con él muchas veces le decia: Qué es esto hermano Acacio, cómo te va oy? El luego me señalaba con el dedo un ojo cardeno è hinchado; otras veces una herida en la cerviz; y otras otra en la cabeza. Y yo sabiendo que él era obrero de paciencia, deciale: Bien está, bien está; sufre varonilmente, que al cabo verás el fructo. Aviendo pues passado nueve años debaxo de la obediencia de aquel cruel y aspero viejo, falleció desta vida, y fue sepultado en el cimiterio de los Padres; passados cinco dias despues de la muerte, vino este Maestro de Acacio à un gran viejo que alli moraba, y dixole: Padre, Acacio es muerto. Como esto oyese el sancto viejo, respondióle: Verdaderamente, Padre, no me persuadirás esso? Dixo entonces el otro: Pues ven, y verlo has. Luego se levantó el sancto viejo, y fue con él al cimiterio, y dió una voz, como si hablara con él quando estaba vivo, (el qual verdaderamente vivia en el cielo) diciendo: Hermano Acacio, por ventura eres muerto? Entonces el sancto obediente, que aun despues de la muerte mostraba su obediencia, respondió desde el sepulchro, diciendo: Cómo puede ser, Padre, que muera hombre dado à la obediencia? Entonces aquel viejo que poco antes se llamaba su Maestro, espantado de lo que oyó, cayó en tierra lleno de lagrimas, y pidió al Abad del Monasterio le dicesse licencia para edificar una celda à par de aquella sepultura. Y viiendo ya alli templadamente, decia siempre à los padres: Homicida soy.

Otra

Otra cosa me contó este sancto varon, como quien lo contaba de otro, y no era otro, sino él mismo, como despues lo averigué. Otro mancebo fue dado por discipulo en el mismo Monasterio de Asia à un Monge manso y benigno. Pues como viesse el discipulo que el viejo lo honraba y trataba mansamente (que es cosa peligrosa para muchos) pensando prudentemente lo que le convenia, rogó al viejo le dicesse licencia para irse; lo qual facilmente alcanzó, porque el viejo tenia otro discipulo. Partiósse pues dél con una carta de favor y credito à un Monasterio que estaba en la region de Ponto: y la primera noche que entró en el Monasterio, vió en vision ciertas personas que le pedian cuenta de su vida: y despues de aquel terrible y temeroso examen, dieronle à entender que debia cient libras de oro. Y despertando él, y entendiendo la vision, dixo: Padre Antiocho (porque assi se llamaba él) grande deuda tienes acuestas, y mucho tienes que pagar. Desta manera estuve (dixo él) tres años en el Monasterio, obedesciendo à todos sin diferencia, menospreciandome todos, è injuriandome como à peregrino y extranjero; porque no avia alli otro Monge extranjero sino yo. Passados tres años torné otra vez à ver en sueños una persona, la qual me dixo que diez libras de toda aquella summa estaban ya pagadas. En despertando, entendí la vision y dixé: No he pagado hasta agora mas de diez libras? pues cuándo acabaré de pagar lo que queda? Entonces dixé yo à mí mismo: Pobre Antiocho, necesidad tienes de sufrir mas trabajos è ignominias. Entonces comencé à fingirme bobo, y tonto, sin dexar por esso de cumplir alguna cosa del cargo que tenia. Y viendome los Padres servir en tal orden, y con tal alegría, echabanme acuestas todas las mayores cargas y trabajos del Monasterio con poca piedad. Y como yo per-

severasse trece años en este instituto y manera de vida, vi otra vez à los que antes me avian aparecido; los quales me dixerón que toda la deuda estaba ya pagada por entero. De donde cada vez que los Padres me trataban asperamente, luego me acordaba desta deuda, y assi lo sufría todo con paciencia. Esta historia me contó aquel Sapientissimo Juan como en persona de otro; y por esso se puso por sobre nombre Antiocho; mas verdaderamente era él mismo; el qual rompió, y y borró la escriptura de sus deudas con el merito de la paciencia.

Agora quiero contar quan grande aya sido la virtud de la discrecion que este sancto viejo alcanzó por el merito de su obediencia. Estando él una vez assentado en el Monasterio del sancto Sabba, llegaron à él tres Religiosos mozos, deseando ser discipulos suyos; los quales el Padre recibió en su casa con muy alegre rostro, y les hizo toda la charidad y buen tratamiento que pudo, deseando recrearlos del trabajo del camino. Passados los tres dias, dixoles el viejo: Perdonadme, hermanos, porque soy un mal hombre, y no puedo recibir à ninguno de vosotros. Ellos no se escandalizaron con esto; porque conocian bien la sanctidad y obras del viejo. Pero como despues de muchos ruegos no pudiessen acabar con él que los recibiesse, prostrados ante sus pies le pidieron que à lo menos les dicesse una regla de vivir, y enseñasse el lugar y como uviessen de morar. Otorgóles esto el viejo, porque sabia que pedian esto con animo humilde y aparejado para obedescer. Y assi dixo al uno dellos: Quiere el Señor, hijo, que vivas en lugar solitario, debaxo de la subjection de algun Padre espiritual. Al otro dixo: Vé y vende tus proprias voluntades, y ofrescelas à Dios, y tomando tu Cruz acuestas vive en algun Monasterio de Religiosos, y assi tendrás un thesoro guardado en el cielo. Al tercero dixo: Escribe en tu corazon y abra-



za perpetuamente con toda eficacia aquella palabra del Salvador que dice: (a) El que perseverare hasta la fin será salvo. Y si te fuere possible, vé y busca una guía y Maestro de tus ejercicios, el mas aspero y mas pesado que pudieres hallar en todo linage de los hombres, debaxo del qual persevera, bebiendo siempre reprehensiones y menosprecios como leche y miel. Al qual respondió el Religioso: Padre, y si este fuere negligente, qué haré? Respondió él: Aunque lo veas fornicar, no te apartes dél, sino buelva à tí mismo, y dí: Amigo, à qué veniste? y luego verás deshacerse con esto la hinchazón de tu soberbia, y amansarse el furor de tu ira.

Trabajemos con todas fuerzas todos los que tenemos à Dios, porque no se nos pegue alguna malicia, ò astucia, ò asperza, ò maldad en la escuela de la virtud, por las quales cosas se impida nuestra carrera; porque suele esto muchas veces acaescer, procurandolo assi nuestro adversario. Porque los enemigos del Rey no se arman contra los labradores, ò marineros, ò personas tales, sino contra aquellos que han sido armados Caballeros por el Rey, y han recibido dél el escudo, y la espada, y el arco, y la vestidura militar; contra estos tales se encruelen, y à estos procuran dañar; y por esto no debe el varon Religioso descuidarse.

Ví muchas veces algunos niños de maravillosa simplicidad y hermosura ir à las escuelas à estudiar, y aprender sabiduria; los quales en lugar desto sacaron astucia y malicia, que se les pegó de la mala compañía de los otros. El que tiene juicio, lea y entienda esto. Imposible es que los que aprenden un arte con todo estudio y diligencia, no aprovechen en ella cada dia: mas unos ay que conocen su aprovechamiento: y otros que por dispensa-

ción de Dios no lo conocen. Muy buen cambiador ò mercader es aquel que cada dia por la tarde cuenta sus perdidas y sus ganancias: lo qual no se puede bien saber, si cada hora no apuntare en un memorial todas sus faltas; porque quando esto se hace todas las horas del dia, facilmente se conoce por aí toda la cuenta del dia.

El loco quando es reprehendido y condenado, affligese y congoxase por poner silencio al que le reprehende: prostrado à sus pies pide perdon, no por humildad, sino por ahorrar trabajo. Mas tú quando fueres reprehendido, calla y recibe esse cauterio de tu anima: ò por mejor decir, essa lumbreira de castidad; y quando el Medico acabare de quemar, entonces humilmente le ruega que te perdone: porque en medio del fervor de la reprehension por ventura no aceptará tu penitencia.

Los que vivimos en los Monasterios, todas las horas nos conviene pelear; pero especialmente contra dos enemigos; conviene saber, ira, y gula; porque estos dos vicios tienen mas lugar en la compañía que en la soledad. Suele el demonio à los que viven en la humildad de la subjection causar un deseo grande de las virtudes que no pueden alcanzar: y por el contrario, à los que viven en soledad hace desear otras virtudes ajenas y que no pertenescen à su proposito.

Examina diligentemente el animo de los malos subditos, y hallarás en ellos un pensamiento derramado y engañado, un gran deseo de soledad, y de grandes ayunos, y de continua oracion, y de summo menosprecio del mundo, y de una perpetua memoria de la muerte, y de continua compuncion, y de perfecta mortificacion de la ira, y del altissimo silencio, y excellentissima castidad. Las quales cosas les hace el demonio algunas veces desear, para que so color deste bien los haga pas-

sar à la vida solitaria, no estando aun maduros y dispuestos para ella. Por lo qual el mismo demonio les hizo desear estas cosas antes de tiempo, para que no perseverassen en la compañía del Monasterio, ni alcanzassen esto quando fuesse tiempo.

Mas por el contrario, à los que viven vida solitaria, pone delante la gloria de los obedientes, el cuidado de los huéspedes y peregrinos, el amor de los hermanos, la dulzura de la conversacion familiar, el servicio de los enfermos, y otras cosas que no pertenescen tanto à su estado, para hacer tambien à estos instables como à los otros. Pocos sin duda son los que viven como conviene en la soledad: y solos aquellos son, que notablemente son recreados con la divina consolacion para el sufrimiento de los trabajos, y para victoria de las batallas.

Para acertar à escoger Maestro conviene examinar la calidad de tus pasiones è inclinaciones: si te sientes inclinado à luxuria y deleytes de cuerpo, busca un Padre que no sepa qué cosa es tener cuenta con el vientre, y no que haga milagros, ni que esté aparejado para recibir siempre huéspedes en casa; porque no se te haga esta hospederia materia y occasion de gula. Si eres duro de cerviz y sobervio, busca Padre ferviente y duro, no manso ni blando.

No busquemos Padres que con espíritu prophetico alcancen las cosas advenideras: mas principalmente los escojamos humildes, y tales que sus costumbres y habitacion sea conveniente para la cura de nuestras enfermedades. Trabaja por imitar aquel justo Abacero, de quien arriba hicimos mencion; porque este es muy buen medio para obedescer promptamente, si pensares dentro de tí que el Padre te quiere probar en todas las cosas; porque nunca en esto te engañarás.

Siendo continuamente reprehendido

del Padre, si mientras mas te reprehende, mas te sientes en tu anima con él, conjetura es muy grande que el Spiritu Sancto mora en tí invisiblemente, y que la virtud del altissimo te hace sombra. No te gloríes ni alegres si sufres con paciencia las ignominias; sino antes llora porque hiciste cosas dignas de ignominia, y indignaste contra tí el animo del Padre.

Una cosa te quiero decir, de que te maravilles: y mira no dudes della; porque tengo à Moysen por defensor desta sentencia. Aunque sea verdad que de su naturaleza sea mayor culpa pecar contra Dios, que contra el hombre; pero en alguna manera se puede decir que es mas peligroso pecar contra el Padre espiritual, que contra Dios. Porque si provocamos à Dios à ira, nuestro Padre le aplacará; como hizo Moysen à Dios quando el pueblo pecó contra el mismo Dios (a): mas si offendemos à nuestro Padre, no tenemos quien nos reconcilie con Dios; como no lo hizo el mismo Moysen, quando contra él peccaron Dathan, y Abirón (b): los quales perescieron por falta de reconciliador.

Miremos y examinemos con mucha atencion y vigilancia qué es lo que debemos hacer en cada tiempo; porque algunas veces quando somos reprehendidos de nuestro Pastor, nos conviene callar y sufrir alegremente; y otras veces conviene dar razon de lo que hicimos. A mí pareceme que debemos siempre callar en todas las cosas que redundan en alguna ignominia nuestra; porque entonces es tiempo de ganar: mas en las cosas que redundan en injuria de otro, conviene dar razon, por la obligacion que à esto nos pone el vinculo de la paz y de la charidad.

Todos aquellos que se salieron de la obediencia, te podrán muy bien declarar la utilidad della: porque entonces pudieron muy bien conocer el cie-

lo

(a) Exod. 32. (b) Num. 16.



lo donde estaban, quando se vieron fuera dél. Aquel que camina à Dios, y procura alcanzar la perfecta quietud del anima, tenga por gran detrimento pasarsele algun dia sin sufrir alguna ignominia ò palabra aspera. Porque assi como los arboles que son muy combatidos de grandes vientos, echan siempre mas hondas las raíces; assi los que están debaxo de obediencia tienen las raíces de la virtud mas profundas, por los combates que siempre padescen. El que morando en soledad, y no siendo habil para ella, conoció su inhabilidad, y se entregó à la obediencia; este tal, siendo ciego, abrió los ojos, y sin trabajo vió à Christo. Estad, estad, otra vez tornó à decir (a): estad hermanos, los que correis y los que luchais, oyendo lo que aquel Sabio de vosotros dice (b): Assi como el oro, examinó el Señor los justos en la fragua: ò por mejor decir, en los trabajos de la vida Monastica, y recibíolos en su seno assi como un perfecto holocausto.

*Anotaciones sobre el Capitulo precedente, del V. P. M. Fr. Luis de Granada.*

**E**N este Capitulo avrás notado, Christiano Lector, quan alto sea el estado de la obediencia, quan seguro, y de quanto merescimiento; porque entre otras excellencias que tiene, una dellas es, como dice Sancto Thomas (c): que las obras communes de las otras virtudes morales las hace obras de Religion, que es la mas excelente de todas ellas: porque cumplir el hombre el voto y la promessa que hizo à Dios, pertenesce à esta soberana virtud: libra tambien al hombre de infinitas perplexidades y congojas; porque à lo menos ya está cierto que no puede errar el hombre en obedecer; pues obedecer al hombre que está en lugar

de Dios, es obedecer al mismo Dios; segun aquello que él mismo dice (d): Quien à vosotros oye, à mí oye; y quien à vosotros desprecia, à mí desprecia. Y esta certidumbre no la tiene el hombre en todas las otras obras buenas que hace, por no saber de cierto, ya que la obra sea buena, si es dado à él entender en ella; porque no es de todos hacer todo lo que es bueno, especialmente quando excede nuestras fuerzas; como es la obra de enseñar, ò de tener cargo de otros, &c. Por donde dice un grave Doctor que mas querria él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su propria voluntad.

Mas con todo esto no deben tomar de aqui ocasion las mugeres devotas que viven en el mundo, para dar la obediencia tan estrechamente à sus Padres espirituales y Confessores, que no quieran dar un passo sin ellos. Porque aunque esto de suyo sea bueno (y tales podrian ser las circunstancias, assi de la edad, como de los otros requisitos para esto, que fuesse conveniente hacerse) mas con todo esto, si algunas dellas faltassen, podía el demonio so color de virtud hacer lo que siempre hace (quando estas amistades son muy estrechas) que es encender con su soplo los carbones (e), y dar malos y desastrados fines à lo que se comenzó con buenos principios. Por esto nadie se debe poner en este peligro (que es muy grande y muy colorado) aunque no por esto se excluye el tomar consejo en cosas graves y escrupulosas con los Padres espirituales; porque sin este pocas cosas suceden bien.

Tambien aqui podrás notar una provechosissima y muy loable costumbre que tenían los Padres en aquel tiempo en que tanto florescia la disciplina de la vida Monastica, que era probar y exercitar à los que de nuevo venian à la Religion, con muchas maneras de reprehen-

hensiones, castigos, vejaciones, y trabajos. Y esto hacian, no un año ni dos, sino muchos años: con las quales cosas exercitaban, y hacian aprovechar en la devocion, y en el fervor del espíritu, y en la virtud de la humildad, y de la obediencia, y de la mortificacion de las pasiones, y abnegacion de sí mismo, y señaladamente en la paciencia, que es la que mas descubre la fineza de la virtud y de la discrecion. Pluguiesse à Dios que esto tambien se platicasse agora en nuestros tiempos; porque desta manera muy mas puro y acendrado seria lo que queda en las Religiones. Lo qual tanto mas convenia hacerse agora, quanto mas dificultoso es en estos tiempos expeler de la Religion al que ya una vez recibistes.

Y si preguntareis qué ocasion avia entonces para tantas maneras de ignominias y vejaciones como aqui se piden; pues dice este Sancto Doctor que tonga el Religioso por grande detrimento pasarse algun dia sin sufrir algo desto; pudiese responder aqui que en aquel tiempo una de las maneras Religiosas de vivir que avia, segun arriba se dixo, era estar dos discipulos à una, debaxo de la disciplina y correccion de un Padre viejo, al qual tambien le servian en todos los servicios de casa; y de fuera de casa, de la manera que un siervo sirve à su Señor. Por donde assi como el Señor à cada passo tiene ocasion para refinar, y reprehender, y castigar à su siervo, por no hacer las cosas tan à su voluntad; assi tambien aquellos Maestros tenían esta misma ocasion muchas veces al dia. Y assi unos por la aspereza de su natural condicion, y otros por exercicio de virtud, usarian destas ocasiones para tratar asperamente sus discipulos. Y por ser esto cosa muy ordinaria en aquel tiempo, era necessario que nuestro Autor cargasse tanto la mano, encareciendo y encomendando la virtud de la paciencia; assi para que el discipulo no cayesse con la carga y bolviesse atrás, como para no perder ma-

Tom. VI.

teria de tan grande aprovechamiento como esta es. Y dado caso que en nuestros tiempos no tengan los Religiosos esta ocasion de virtud tan frequente; mas puedenla tener los Novicios con sus Maestros, y los siervos con sus Señores, y las mugeres con sus maridos, quando son asperos y mal acondicionados; porque el sufrimiento destas cosas, demás de ser de grande merescimiento, es ocasion de grandissimo aprovechamiento. Y assi he visto yo por experiencia algunas mugeres casadas, que por este medio subieron à un muy alto grado de perfection mas de lo que nadie podrá creer.

Tambien por la doctrina deste capitulo, y aun de todo este libro, entenderás bien quanto mas robusta era la virtud de aquellos tiempos que la destos; porque agora lo que mas se platica es, tener una lagrima, un poquito de gusto de Dios, y algun poco de oracion, ò algun otro espiritual exercicio; y esto es à lo que mas se estiende la virtud de muchos. Y aunque la oracion sea tan provechosa y tan loable como es; mas no ha de ser sola, sino acompañada con el exercicio de las otras virtudes, y especialmente con la mortificacion de la propria voluntad, y de las otras pasiones; para lo qual ella principalmente sirve. Porque assi como para labrar el hierro no basta ablandarlo con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos; assi no basta ablandar nuestro corazon con el calor de devocion, sino acudimos con el martillo de la mortificacion, para labrar en nuestra anima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester.

En lo qual parece que en aquellos tiempos estuvo la disciplina de la virtud como en juventud, y que agora está en su vejez, como en mundo que se envejece; pues entonces estendia sus manos à cosas fuertes; y agora rehusa estas, ò se dá menos à ellas; pues vemos el día

Xx

(a) Prov. 17. (b) Sap. 3. (c) 2. a. quest. 140. art. 3. (d) Luc. 10. (e) Job. 41.